EL MAGISTERIO DEL MITO

¿Qué ha ocurrido con un poeta como Antonio Machado cuyos versos, cualesquiera que fueren, podían convertirse en himno de comunión resistente dentro de un acto calificado de subversivo por la pasada dictadura?

Quizás algunos opinen que en esta mesa redonda sobre «El magisterio de Antonio Machado» el contenido de mi intervención no es el más pertinente, pero estoy convencido de que en la celebración de cualquier efemérides relativa a un poeta tan utilizado y manipulado como Antonio Machado, se debe reservar al menos un hueco donde tener la posibilidad de reflexionar críticamente sobre la significación social de su figura, sobre lo que representa aún para el hombre de hoy, sobre lo que para muchos ha sido y sigue siendo el verdadero magisterio del poeta de *Campos de Castilla.* Mis palabras, pues, estarán encaminadas a indagar en lo que se esconde bajo una admiración acrítica, muy generalizada todavía, hacia la persona de Antonio Machado, que puede falsear la lectura de su obra y enmascarar su verdadera razón histórica, si es esa razón la que nos interesa.

A la altura de estos momentos finales de la celebración del cincuentenario de su muerte podemos afirmar que el fenómeno de la veneración al hombre y al poeta ha vuelto a resurgir con fuerza desde un estado de latencia vivo y constante; las citas que iré intercalando en el texto son ejemplos significativos de ello y puras muestras de un discurso que a lo largo de los años se ha vuelto habitual entre la crítica machadiana. Adelanto que hay veces incluso en que se detecta correctamente el problema, pero se vuelve a la solución consabida de sumar biografía y poesía y considerar la obra como transparencia de una vida ejemplar: «No acierto a explicarme —escribe el prof. Pozuelo (1989)— por qué los españoles de hoy estamos homenajeando más una biografía y un talante que una obra... Somos capaces incluso de venerar en más alto grado lo uno que lo otro, siendo así que en Machado tamaña separación es un disparate... Siempre ha habido en los lectores de poesía un afán de correspondencia entre vida y obra que muy pocas veces se da pero que en Antonio Machado deviene emblemática. En la triunfante posmodernidad, cuando los lazos de tal correspondencia se desdibujan porque adquiere mayores dimensiones el hilo

del fingimiento y la máscara, nos resistimos a renunciar del todo a esa lección de autenticidad vital que su figura enseña».

Estas consideraciones se sitúan dentro de lo que desde hace algún tiempo trato de plantearme con una historia de los mitos poéticos del siglo XX, en un esfuerzo por conseguir desmontarlos como tales, de forma que se entienda que esa mitificación no desemboca en una lectura pura, evidente y objetiva del poeta sino en la que, como todas las posibles, sería una lectura no inocente, ideológica e interesada, que reduce a una *milagrosa* unidad lo que no es sino entramado real de contradicciones. Algún adelanto de estas reflexiones he ido dando en otros ámbitos, la última vez en la mesa redonda organizada en el Colegio de España de París, el 3 de noviembre de 1988. Parece que el tema interesó a juzgar por la utilización que se ha hecho de estas ideas en algún artículo sin indicar su procedencia.

Quiero dejar muy claras dos cuestiones: primero, que yo también me considero partícipe de esa lectura por aquellos años en que las condiciones de la vida española obligaban a una distorsión sistemática de la realidad y el nombre de Machado era utilizado como arma arrojadiza contra la dictadura; y segundo, que no pretendo que se olviden unos comportamientos humanos ejemplares, como si no hubieran existido, sino que la natural admiración que producen no se proyecte sobre la interpretación de su obra. Por eso, desde el más profundo respeto hacia las actitudes vitales del poeta de *Soledades* voy a hacer una serie de reflexiones a través de las cuales esbozaré el mecanismo mitificador que se esconde bajo una admiración indiscriminada o parcial hacia un hombre y un poeta, que como tantos otros hombres, sufrió a España hasta la muerte.

La pregunta de partida sería la siguiente: ¿cómo se produce y articula el mecanismo que ha dado como resultado la mitificación de Antonio Machado?

En primer lugar, desde una concepción individualista de la historia, en la que el sujeto es principio y centro explicativo, en Machado se ha buscado y se ha descubierto a un hombre, una existencia real, algo que todavía casi podemos tocar con las manos, que en verdad ha vivido, algo material que ha dirigido imperativa y plenamente su destino. No en vano muchos trabajos sobre el poeta sevillano van encabezados por esa frase que escribió en Madrid en agosto de 1936, puesta en boca de Juan de Mairena: «por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el valor de ser hombre».

Así, se ha considerado que escribir sobre Machado no es escribir sobre cualquiera y ello, por tanto, entrañaría una grave responsabilidad, porque «se trata de uno de los casos de más perfecta compenetración de obra, hombre y tiempo... se trata de diversas dimensiones del vivir fundidas en una unidad: el hombre Antonio Machado» (Tuñón de Lara, 1967). Y en otro lugar se afirmaba: «¿Qué significa Machado para España?... fue un gran poeta... fue un pensador sin alharacas... Pero fue, *sobre todo,* un hombre bueno, que llevó su inteligente bondad —hecha de comprensión y renunciación— hasta el heroísmo personal; mantuvo siempre una actitud vital basada en la autenticidad consigo mismo, con la vida y con el mundo. Y, por todo ello, en la crisis más grave de la existencia española en lo que va de siglo XX, lo mejor de España se llamó Machado; y nostálgicamente, lo mejor de España sigue

todavía llamándose Machado» (Gil Novales, 1966). Aún el año pasado el profesor Díez de Revenga (1989) ha insistido en que «el signo más permanente de la poesía de Antonio Machado es el de la autenticidad... auténtico en sus comportamientos y auténtico en su poesía, desde el principio hasta el final... en estos poemas finales patéticos la autenticidad machadiana brilla con una luz mucho más fulgurante... y fue auténtico en su pensamiento... La autenticidad que ennobleció su vida... ennoblece hoy... toda su poesía». El mito se va perfilando; a la existencia real se unen fundamentalmente cualidades de bondad, comprensión, renunciación, autenticidad.

Es curioso que muchas de las claves de la mitificación de Antonio Machado se encuentren en su «autorretrato». Como sabemos, Machado se presenta ahí como más preocupado en ser hombre (*mano viril*) que en ser poeta; y si como hombre se considera *bueno,* como poeta se considera auténtico, porque su poesía es *voz* no *eco,* voz del *hombre* que siempre va con él; y a la bondad une la comprensión (su *verso brota de manantial sereno*), la *filantropía,* su amor al hombre, y, por otra parte, su renuncia es total, porque la muerte lo atrapará *ligero de equipaje* y completamente *desnudo,* como los hombres más puros: los de la mar. Precisamente sobre el poema «Retrato» Rafael Conte (1989) decía hace un año: «Es la virtud de la gran poesía de todos los tiempos: nos pone las palabras en la boca y ya no tenemos más remedio que seguir pronunciándolas sin parar... Su vida, serena y derramada, su sencillez, su increíble bondad, su alta moral y su excelsa ética civil se plasmaron en una poesía cuya exactitud, precisión y fácil comprensión rivalizan con una densidad expresiva casi milagrosa... expresión de nuestro inconsciente colectivo [que] forma parte de la entraña de España, pues su poesía se encarnó para siempre en la historia de su pueblo».

Pero para la configuración del mito no basta con que sea hombre y sea bueno; y es que en este caso es fundamentalmente importante su desaliño, su existencia gris, su moderada bohemia, su vida hasta cierto punto vulgar gastada en capitales y ciudades de provincias, una vida sin especiales estridencias y cumplida en un trabajo diario y normal, porque todo ello sitúa su existencia al alcance de todos, como algo que nos podemos tropezar por la calle y con lo que fácilmente nos identificamos. Tuñón (1967) escribió: «Machado y su obra han llegado a ser algo personal de cada uno, algo que se integra en nuestras emociones, nuestros pensamientos, nuestras escalas de valores»; y Juan Molina (1989) afirmaba hace unos meses: «Vivió el poeta una entrega sin límites a su entorno y huyó, tímido eterno, de los alborotos, de los saraos, de las fiestas en las que el ruido y el estar no le sirven para cosa diferente que distraerle, distorsionándole, de su quehacer, de su mundo, que no era otro que el mundo del hombre en justicia y en libertad».

Es el mito al alcance de todos, más todavía cuando para algunos Machado siempre afirmó su independencia, su no afiliaciónn a partido alguno, su no deber nada a nadie. De esta variante en la secuencia constructiva del mito han surgido las interpretaciones que han considerado su persona y su obra como paradigmas del diálogo: recordemos lo que va desde la revalorización de Machado («el poeta rescatado», de Dionisio Ridruejo, 1940) por parte de la revista *Escorial,* la revista falangista de la inmediata posguerra, hasta las advocaciones a Machado de la revista

Cuadernos para el Diálogo o las provenientes del cristianismo progresista cuando se relacionan textos del poeta con los de los papas recientes Juan XXIII o Pablo VI. Y se decía: «quizá el único personaje que ha enlazado en un común respeto a personas de ideologías muy diversas sea Machado, [que] constituye el ejemplo de verdadero diálogo en la España contemporánea» (A. C. Comín, 1966). Y el mismo Tuñón decía: «Precisamente, en la más rigurosa urgencia de nuestro tiempo, la del diálogo, se perfila la figura señera de don Antonio, que supo comprenderla con la sensibilidad de quienes van por delante de su tiempo». Es, pues, éste el Machado hombre, bueno, encarnación de una esencia unitaria, sujeto no dividido, que es capaz de unir espiritualmente aquello que sólo en el nivel de lo material permanecce escindido.

La otra variante de este punto de la secuencia está construida por la posición que, desde otro lugar ideológico, no comparte esa variante del Machado dialogante, ecléctico o aséptico, en cuanto que desde este lugar lo determinante en esa personalidad humana, bondadosa, cercana, de andar por casa, serían sus gotas de sangre jacobina, su constante compromiso histórico con una de las Españas en conflicto, su carácter crítico y progresista, sus últimos y definitivos compromisos, su lucha verbal en las tribunas-trincheras de una de las Españas de la guerra civil, su carácter representativo de esa esencia vagamente socialista heredada de la Institución Libre de Enseñanza y adicta a la personalidad de Pablo Iglesias, y finalmente su muerte en uno de los lados de la contienda, donde su existencia aparentemente vulgar se agiganta hasta la altura de los mártires; una muerte considerada como supremo acto de autenticidad, de verdad, de renuncia, magna configuración del héroe, antes oscuro, ahora iluminado, que sucumbe, que cae, pero sólo aparentemente, o provisionalmente, en cuanto que se considera que su espíritu se reencarnará vivamente en las nuevas generaciones de luchadores. Es la semilla a la que alude Emma Rodríguez (1989): «Y Antonio Machado es como la simiente, una simiente de la que resulta imposible calcular los frutos porque éstos se han multiplicado y reproducido saltando los límites del momento».

Y vistas las dos variantes, sigue la secuencia. Porque algo esencial falta en la aureola del mito y ello es su acción poética. Si como ser material fue sencillamente vulgar, como espíritu se revela como algo especial, elevado, intérprete de los dioses, sean los de arriba o los de abajo, visionario, espíritu que habla por unos o por otros, los dialogistas o los partidistas, el ser espiritualmente privilegiado, el vidente, el poseedor del más alto conocimiento intuitivo, en suma, el poeta.

Claro que fundamentalmente el mito Machado no nace de la obra, sino de la persona, no nace del Machado escritor, que queda subordinado al Machado hombre, cuya poesía, entendida siempre como maravillosa constatación de las virtudes del elegido, sería en última instancia accidente, puro reflejo o emanación, música puesta al servicio de la letra de su vida, música que, melodiosa y sentimentalmente, ritma un mensaje aleccionador. Es el contenido coronado con el envoltorio de la forma artística. Y es que lo importante en el mito Machado, desde el punto de vista de su génesis, es que tiene vida, en el sentido que proporciona un modelo a la conducta humana y confiere por eso mismo significación y valor a una existencia, ya se piense

en existencia no dividida o en existencia desarraigada (cfr. M. Eliade, 1968). Es decir, el mito en cuestión proporciona un modelo de comportamiento y fija la conducta del hombre tras dar una respuesta determinada a sus problemas; además el mito ofrece un sentido trascendente a la existencia, y de hecho, la pretensión de dar un sentido acrítico a la existencia es lo que caracteriza estrictamente al mito religioso (cfr. L. Paramio, 1971).

En efecto, he dicho «religioso». ¿Acaso Machado, a partir de su mitificación, no se ve aupado a una casi grotesca Gloria de Bernini materialista? ¿Es que no queda configurado una especie de santo laico, venerado en capillas más o menos progresistas? ¿Acaso ese Machado no ha surgido a partir de la misma conciencia mítica que ha producido el *Flos Sanctorum*?

Y ya está colocado Machado en el lugar de lo sagrado e intocable que hacen posible palabras como éstas de Martínez Sarrión (1989): «Las torpes pellas contra la inmensa estatura de Machado hace muchísimo tiempo que se secaron y desprendieron sin tocar una sola fibra de su altísima condición de poeta y de hombre... y cuando las minúsculas deposiciones lírico-metafísicas... de los sedicientes patricios... sean un chusco y prescindible episodio de las letras..., Antonio Machado, fallecido y sepulto en el exilio hace 50 años y fresco hoy en su obra como rosa de abril, no precisará ni de una aspirina en el agua para seguir conservando la lozanía». Palabras que contrastan agudamente con las de aquellos que, como Guillermo Carnero (1989), razonablemente han denunciado la utilización de Machado para condenas, negaciones y desprecios: «Machado sirvió para censurar al Modernismo, a la vanguardia y a la generación del 27, y ya en la postguerra, amparándose en la bandera de Machado, se pusieron en marcha las peores retóricas. Es un autor respetable, pero también responsable de las aberraciones que se cometieron en su nombre». Ya José A. Valente (1971) dio en el centro de la diana cuando apuntó que «las generaciones más jóvenes... olfatean a Machado con alguna desconfianza..., lo que tal vez recusen en Machado no sea Machado mismo, sino más bien sucesivas imágenes de éste que ellos ya no quieren llevar, y están en lo justo, en procesiones más o menos heredadas».

El mito, en fin, ya configurado empieza a actuar, y su cometido primordial consiste en encubrir, en no dejar ver que Machado es problema, no solución, que es pregunta, muchas preguntas, y no respuesta, más bien respuestas; que la obra de Machado está construida sobre una polifonía de voces, un espacio dialógico en el que se dan cita elementos heterogéneos, contrarios, contradictorios, que entran en colisión sincrónica en su obra; un conjunto complejo de elementos que no se pueden reducir a la unidad de una esencia que habla y actúa. Porque Machado es poeta del yo descentrado, desplazado, escindido, poeta de la alteridad, de la distancia, de la ironía, del heterónimo, máscara y disfraz, que simultáneamente propone la sutura de la herida social, la superación de la división, de la lucha de clases, por medio de la vuelta al yo-hombre esencial, que, encarnado en la expresión profunda de lo literario, restablece la perdida unidad del ser, buceando en el *volkgeist*. Machado, pues, nudo de contradicciones en lucha, que sólo pueden ser estudiadas y entendidas a la luz de su época, una época de crisis resuelta sólo problemáticamente, descentra-

damente, en la obra de quien era no un taumaturgo ni un demiurgo, sino un hombre, y un hombre, como diría Brecht, es eso, sólo un hombre. Esa es su servidumbre y ésta es su grandeza: «Vio Machado tan lejos y fue tan lejos que se dejó atrás a sí mismo» (Valente, 1971).

ANTONIO SANCHEZ TRIGUEROS

REFERENCIAS

CARNERO, Guillermo: Manifestaciones recogidas por Amalia Iglesias: «Hombre y poeta». *Diario 16,* suplemento *Culturas,* núm. 197, 18-2-1989, p. XIV.

COMIN, Alfonso Carlos: «Dos inspiradores del diálogo: Mounier y Machado». *Cuadernos para el Diálogo,* 38, nov. 1966, p. 26.

CONTE, Rafael: «La poesía se hace historia». *El País,* suplemento *Extra,* 22-2-1989, p. 2.

DIEZ DE REVENGA, F. Javier: «Un poeta auténtico». *Cuadernos Campus,* Univ. de Murcia, 1, marzo 1989, p. 3.

ELIADE, Mircea: *Mito y realidad.* Madrid, Guadarrama, 1968, p. 14.

GIL NOVALES, Alberto: *Antonio Machado.* Barcelona, Fontanella, 1966, p. 11.

MARTINEZ SARRION, Antonio: «Ni una aspirina para estar lozano». *El País,* suplemento *Extra,* 22-2-1989, p. 11.

MOLINA, Juan: «Un repique de campanas». Diario *Ya,* 18-2-1989. p. 29.

PARAMIO, Ludolfo: *Mito e ideología.* Madrid, Alberto Corazón, 1971, p. 35.

POZUELO YVANCOS, José María: «Cuando el poeta no es un fingidor». *Cuadernos Campus,* Univ. de Murcia, 1, marzo 1989, p. 7.

RIDRUEJO, Dionisio: «El poeta rescatado». *Escorial,* nov. 1940, p. 99.

RODRIGUEZ, Emma: «Primeras imágenes poéticas». Diario *Ya,* 18-2-1989, p. 30.

TUÑON DE LARA, Manuel: *Antonio Machado, poeta del pueblo.* Barcelona, Nova Terra, 1967, pp. 7-8 y 320.

VALENTE, José Angel: *Las palabras de la tribu.* Madrid, Siglo XXI, 1971, pp. 102-103 y 91.